

Víctor Castro

Responsabilidad moral de los nuevos escritores



COMO tiradas por allí, y a cada paso sin embargo, hemos encontrado unas modestas experiencias que conviene subrayar, y que atañen directamente al escritor nuevo de Chile.

No quisiéramos, sí, que estas líneas fueran tomadas como graves, porque justamente carecen de petulancia, y son más bien sentimientos muy íntimos, absolutamente sinceros, brotados a cada instante, circunstancial y persistentemente.

El primer soplo, ráfaga sutil, nos induce al papel y al lápiz. Demonio inconsciente, pero demonio, nos hace arder la sangre, y un solo verso, una sola línea, un solo esbozo semejan un paraíso, liviana gloria que llena nuestros sueños y horizontes. Pues bien: todos sabemos que tan sana irresponsabilidad ante el fenómeno artístico obedece, primero, al sano placer de una demasiada juventud, y segundo, a un verdadero estado de irresponsabilidad moral, que nos habla claramente de un bajo espíritu de selección. Y es a este último párrafo, tan liviano o peligroso, al que quisiéramos, en esta oportunidad, referirnos.

Cuando se habla de escritores jóvenes, la primera imagen es la de una larva que nunca, posiblemente, llegue a convertirse en una mariposa, en un bello y decidido vuelo. Aquí, en nuestro querido Santiago, el joven escritor vive, de común, como un pequeñísimo, casi miserable burócrata, o como un cesante esperanzado, en la tertulia vertical del más barato café, junto a un pintor, a un don nadie, a un snob nervioso y a algún comerciante que le mira como raro y pintoresco pájaro. Bajo el brazo, siempre habrá un libro. Junto al libro, unos poemas, una crónica que mañana será genial, o la obra de Teatro que nunca se estrenó, por muerte repentina de la actriz famosa, (fama de teatro barato, de negocio a la vista). Por allí suelen rondar unas muchachas, bellas a veces, particularmente cuando no escriben.

Pero, ¿en todos alienta una verdadera vocación? ¿Por qué escriben? ¿Son acaso sinceros? Es difícil penetrar en esos pechos, tocar—si la hay—una sinceridad absoluta. Todo está cubierto con palabras, con amables rostros, palmas en vuestras espaldas, declaraciones trascendentales, con ese «yo» luminoso que nos envía, no ya la pasión, sino la vanidad que no admite la sana objeción merecida. Por aquí comienza la neuralgia. Y pueden, también, observarse las personalidades. Porque más tarde, ¡qué crecido veremos este problema de las intuiciones y los supuestos!

Se cree, por lo menos se espera que, marchados de la tertulia, estos nuevos valores de una literatura penetren al ardiente mundo de la creación o al celeste imperio de la lectura, del estudio, de una pequeñísima meditación sobre su responsabilidad de ser, tan sólo de una posibilidad de ser, en un mundo que actúa, en un tan delicado mundo de plenas responsabilidades. La verdad, por desgracia, es muy otra, según nos ha tocado ver, salvando dos o tres casos honrosos.

Nadie podría negar nunca que no vivió sus días de café; que perdió un tiempo precioso en tal o cual tertulia. Más allá aún, está «Pombo», y Gómez de la Serna, y don Pío Baroja y Ramón del Valle Inclán, y otros tantos y famosos que dieron

nombre de gloria al Café, a la «Peña» famosa y querida, con aires que hoy nos parecen de casi culta bohemia. (Seguirá, tal vez, sucediendo así). Pero allí sí que se cumplía eso de pensar que, después del Café, había una estación de ardientes creaciones. Las obras, ¡y qué obras! nos lo prueban...

En nuestro ambiente, las verdades son muy otras. Se diría que son de tal manera bajas, que el mismo aire de tal o cual lugar se torna irrespirable. Tras las manos que parecen cordiales, hay unas pupilas que clavan dañinamente, como esperando una declaración comprometedora, que se puede cambiar para herir, indisponer, asesinar amistades y triunfar, finalmente, no por méritos de arte, sino por lenguas de hábiles, cuanto falsos chasquidos.

Ninguno de nosotros, escritores, tal vez, del mañana, semeja pensar tan sólo un instante en las responsabilidades morales que su ministerio involucra. ¿Qué Thomas Mann demoró más de catorce años en su *Montaña Mágica*... ¿Qué Paul Valéry demoró más de cuatro años en su poema *La Jeune Parque*... ¡Bah! El café, a las 12 del día o a las 7 de la tarde, es una maravilla para vomitar bajos pelambres, envidias, unos oscuros resentimientos que tan fuerte muerden los corazones.

¿Quién se atreverá a tocar la trompeta del juicio? ¿De todo un variado material no saldrá nada, sino un barro, unas lenguas revolcadas? ¿Ni una joven y pura Revista? ¿Ni un sano grupo, lejos de la envidia, la corrupción, la taza de café que está oscuramente envenenada con unas lenguas? Quisiéramos, con toda el alma, estar equivocados. Librarnos de un triste mañana, de un hoy que ahora viven unos «escritores», esclavos de polleras líricas, que nada, jamás nunca, aportarán a nuestra literatura, a nuestra Poesía, a nuestra cultura, en suma, debe ser nuestra divisa, nuestra intención más pura y responsable.